

# DEL ÁGUILA AL LEÓN

DANIEL FERNÁNDEZ DE LIS

# DEL ÁGUILA AL LEÓN

Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: 

Primera edición: septiembre de 2024

© Daniel Fernández de Lis, 2024  
© de los mapas: Edhasa  
© de la presente edición: Edhasa, 2024  
Diputación, 262, 2ª 1ª  
08007 Barcelonas  
Tel. 93 494 97 202  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-2768-7

Impreso en Industrias Gráficas Huertas

Depósito legal: B 14770-2024

Impreso en España

## Índice

Nota preliminar . . . . .	9
Mapas . . . . .	11
Capítulo 1. Las primeras invasiones romanas de Britania . .	15
Capítulo 2. La conquista de Britania . . . . .	33
Capítulo 3. El misterio del destino de la Legio IX Hispana . . . . .	71
Capítulo 4. La decadencia del Imperio y la retirada de Roma de Britania . . . . .	93
Capítulo 5. ¿Qué han hecho los romanos por nosotros? . .	115
Capítulo 6. La formación del mapa político de la Britania anglosajona . . . . .	139
Capítulo 7. La consolidación del dominio sajón en Britania . . . . .	173
Capítulo 8. La expansión del cristianismo: la figura de san Wilfrid . . . . .	189

Capítulo 9. El siglo de Mercia: la figura del rey Offa . . . .	205
Capítulo 10. «De la furia de los hombres del norte, protégenos, Señor». Las invasiones vikingas . . . . .	233
Capítulo 11. Alfredo de Wessex: la concepción de Inglaterra . . . . .	261
Capítulo 12. La expansión de Wessex y el nacimiento de Inglaterra: los descendientes de Alfredo . . . . .	289
Árbol genealógico de Familia real de Wessex . . . . .	312
Capítulo 13. Los sucesores de Æthelstan. . . . .	313
Capítulo 14. Æthelred II «el Malaconsejado». . . . .	331
Árbol genealógico de Familia de Emma de Normandía . .	363
Capítulo 15. Inglaterra bajo dominio danés . . . . .	365
Capítulo 16. Eduardo «el Confesor». . . . .	379
Capítulo 17. 1066, el año de la mayor encrucijada de la historia de Inglaterra . . . . .	407
Capítulo 18. La conquista normanda . . . . .	423
Bibliografía . . . . .	457
Índice de capítulos . . . . .	461
Índice onomástico . . . . .	469

## Nota preliminar

Antes de iniciar el relato de la historia objeto de este libro es preciso realizar una aclaración previa en relación con su título, o más bien con su subtítulo.

Desde un punto de vista geográfico actual hubiera sido más correcto rotular este subtítulo como «historia de Inglaterra», más que como «historia de Britania».

En efecto, nuestra narración se centrará esencialmente en los acontecimientos que tuvieron lugar en la parte de la isla de Gran Bretaña que hoy se conoce como Inglaterra. Las actuales Gales y Escocia formarán evidentemente parte del relato, pero solo cuando su historia se interrelacione con la de lo que se conocería como Inglaterra.

No obstante, el reino de Inglaterra nació como tal a mediados del siglo x. Teniendo en cuenta que la historia aquí narrada abarca desde el siglo I a. C. hasta el siglo XI d. C., me parecía inadecuado identificarla con una entidad política (Inglaterra) que no existió más que durante el último siglo de los doce que componen esta obra.

Por otro lado, he preferido optar por la vieja denominación romana, Britania, y no por la más actual de la isla, Gran Bretaña. Primero, precisamente por entender que esta última puede resultar anacrónica en relación con el periodo tratado. Además, la denominación con la que los romanos se referían a la provincia que estaba bajo su dominio en el territorio de la isla es más coherente con lo

que posteriormente se conocería como Inglaterra. Han sido su atractivo sabor añejo y su mejor identificación geográfica los que me han decidido a subtitular esta obra como *Historia de Britania*.

Aun así, aprovecho para aclarar que, aunque los términos Inglaterra, Gales y Escocia resulten anacrónicos para buena parte del periodo estudiado, los utilizaré a lo largo del libro para facilitar la identificación geográfica del territorio correspondiente en la actualidad con estas entidades políticas.

Y una última puntualización. Habrá quien eche de menos un amplio apartado dedicado a la figura del mítico rey Arturo, muy relacionado con el periodo de transición entre la Britania romana y la anglosajona. Se trata de un personaje fascinante sobre el que existen multitud de teorías respecto de si hay o no alguien real detrás del mito y, entre los que sostienen que existió una figura histórica en la que se basó la leyenda, sobre quién era «el auténtico rey Arturo». Un estudio detallado de todos esos «Arturos» requiere una prolija explicación de los fundamentos de cada teoría y los inconvenientes que se plantean sobre ellas. Por eso mismo considero que este libro no es el lugar indicado para tratar como se merece el asunto, que será objeto de estudio, tal vez, en un futuro...



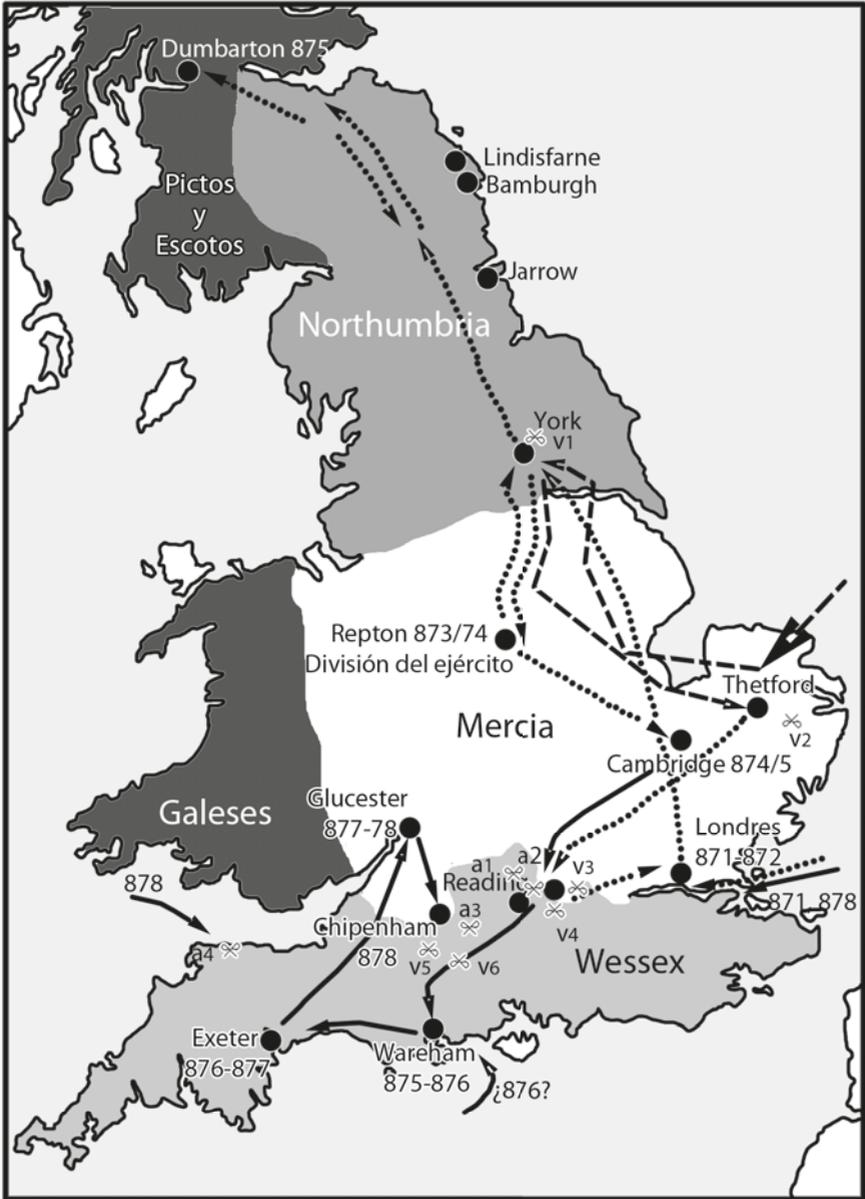
Divisiones administrativas de Britania



Muros de Adriano y Antonino



Tribus britanas



El Gran Ejército Pagano

## Capítulo 1

# Las primeras invasiones romanas de Britania

### Britania antes de las invasiones romanas

Los primeros restos arqueológicos de habitantes en la isla datan de hace alrededor de 700 000 años. En cuanto a la denominación Britania, procede de la romanización del término griego «Pretannike» (o «Pretannia»), posiblemente «los pintados», por la costumbre de los habitantes de la isla de tatuarse el cuerpo. Albión, como también era conocida, posiblemente haga referencia a los acantilados blancos de Dover, aunque Mattingly apunta que puede derivar de un término de origen britano que significaría «tierra firme» en referencia al principal territorio terrestre dentro de un archipiélago.

Inicialmente, Britania estaba unida al continente por una lengua de tierra. Aunque hace alrededor de 8000 años que dicha lengua desapareció y se convirtió en una isla, eso no impidió que se produjesen contactos entre sus habitantes y el resto del mundo conocido. Los motivos para este trasiego eran variados: desde la búsqueda de minerales (el estaño estaba muy solicitado, pues era fundamental para la fabricación del bronce) y tierra cultivable, hasta el establecimiento de nuevos mercados para el intercambio de bienes y servicios pasando por razones religiosas, familiares derivadas de vínculos tribales o políticas (personas que huían de problemas en su tierra de procedencia).

Tampoco faltaron los exploradores o aventureros, como el griego Piteas, que, procedente de Marsella cruzó el Canal alrede-

dor del año 310 a. C., tomando tierra en Cornualles y circunnavegando desde allí la isla en el sentido de las agujas del reloj (aunque su relato se ha perdido y nos ha llegado a través de los escritos de otros autores).

Los habitantes de la isla se dedicaban esencialmente al cultivo y la ganadería. Regularmente organizaban expediciones fuera de sus territorios en busca de madera (para combustible y para la construcción de edificios), sal (para conservar los alimentos) y piedra (para moler el grano). Esto hacía que unos grupos de habitantes entrasen en contacto con el resto, bien mediante el intercambio pacífico, bien mediante conflictos violentos.

Con el tiempo, estos grupos fueron diferenciándose entre sí en función de su ubicación, a la vez que surgían diferencias sociales entre los miembros de un mismo grupo que se hacían notar en la forma de vestir o de comportarse. Los carros de combate descubiertos en monumentos funerarios son prueba de que dichos instrumentos eran un símbolo de riqueza y estatus social, además de tratarse de un elemento distintivo de la forma de hacer la guerra de los isleños que llamaría la atención de Julio César y que se convertiría en un dolor de cabeza para los romanos en los años de revueltas britanas.

Restos de construcciones como la famosa Stonehenge son prueba de las sofisticadas creencias de los isleños y de una desarrollada organización para el trabajo comunitario. También ofrece una temprana prueba de la presencia en la zona de Salisbury de un trabajador del metal procedente de la Europa Central (posiblemente de la actual Suiza): el conocido como «Arquero de Amesbury» por la gran cantidad de puntas de flecha de sílex halladas en su tumba junto a las piedras de Stonehenge, en la que también se localizaron adornos de oro y un cuchillo de cobre, los más antiguos trabajos en metal encontrados en la isla. En los siglos posteriores, se desarrolló una intensa actividad en la creación de joyas y trabajos en metal, como demuestran diversas torques de oro y arneses y jaeces de caballos y carros hallados en excavaciones arqueológicas.

A partir de, aproximadamente, el año 600 a. C. empezaron a proliferar las denominadas *hillforts*, fortificaciones en lugares elevados, con terraplenes de tierra circundando la zona alta donde se situaba el asentamiento. La teoría de que se trataría de lugares con finalidades eminentemente defensivas en una sociedad guerrera se está viendo superada en los últimos años. Se impone la tesis de unas elevaciones que no estaban ocupadas durante todo el año y que tenían una función simbólica —como prueba del poder de sus constructores—, centros de almacenamiento de grano y de intercambio de bienes y ganado, así como para la celebración de reuniones en fechas señaladas o ceremonias religiosas.

En los siglos siguientes, estas fortificaciones se fueron abandonando y empezaron a construir edificaciones que hacían funciones de granja, normalmente abiertas y no muy fortificadas. Los edificios solían ser circulares, con su entrada orientada al este y contruidos en madera con tejado de paja, aunque también hay restos de estructuras rectangulares y elevadas (seguramente para el almacenamiento de grano) y de edificios de piedra. Algunas de estas obras se agruparon y dieron lugar a pequeñas poblaciones. Y durante el siglo I a. C. se construyeron también diversos *oppida*, poblaciones rodeadas por fosos o terraplenes que cubrían un amplio territorio, algunas en terrenos elevados y otras en valles, y en cuyo interior se encontraban viviendas, edificios industriales y terrenos abiertos. Estos *oppida* constituían importantes centros políticos y fueron los principales objetivos durante las invasiones romanas. Algunas de ellas eran Camulodunum (Colchester), Verulamium (St. Albans), Calleva (Silchester), Bagendon y Stanwick.

### Los primeros contactos

El interés de Roma en la isla de Britania comenzó ya en el último cuarto del siglo II a. C., muy ligado al aumento de la implicación romana en la Galia, que, a su vez, creció como consecuencia de dos

factores: las conquistas romanas en Hispania que hacían de la Galia un territorio que era necesario atravesar para las legiones que se dirigían a la península ibérica, y la alianza romana con la ciudad-estado griega de Marsella, que implicó a la potencia itálica en las guerras de su aliado con las tribus celtas vecinas.

En los escritos de Julio César se hacía especial hincapié en la falta de información previa a sus invasiones sobre Britania. No obstante, a Roma en general, y a César en particular, les interesaba presentar a la isla como un lugar misterioso y aislado que sería har- to complicado de dominar, lo que redundaría en una mayor gloria para quien lo consiguiese. Insistían en que se trataba de un brazo de mar corto pero peligroso y de unas aguas *impetu atque aperta* (tempestuosas y abiertas).

En realidad, existen evidencias arqueológicas de comercio entre el continente y la isla en el periodo previo a César, tanto en un sentido como en el otro. Britania exportaba materias pri- mas como grano, ganado, esclavos, oro, plata, estaño y hierro, e importaba productos manufacturados (collares, marfil, ámbas, cris- talerías) destinados sobre todo a la élite de sus habitantes.

Así, la actual localidad portuaria de Hengistbury es una fuente especialmente importante de pruebas arqueológicas, lo que de- muestra que debía ser uno de los lugares de llegada de los barcos procedentes del continente. Es posible, incluso, que los prime- ros habitantes del asentamiento en el lugar fueran de origen galo y no britano.

Otros nombres de asentamientos en Britania, como Venta Bel- gae (Winchester) o Atrebatas (nombre de una localidad britana que coincide con otra en Galia), parecen también sugerir la presencia de habitantes procedentes de la Galia en Britania antes incluso de las invasiones de César. Como hemos dicho, los romanos gustaban de considerar el canal de la Mancha como un formidable obstácu- lo que separaba Britania del continente y cuyo peligroso cruce sólo estaba al alcance de invasores llenos de determinación (es decir, ellos mismos).

Pero parece que dentro del mundo céltico el cruce del brazo de mar entre la isla y el continente pudo tratarse de un simple accidente geográfico más, como un río o un lago, que no impedía el traspase de mercancías y personas entre un lado y el otro del Canal. «El mar no era ni suficientemente ancho ni suficientemente frío para evitar que se convirtiese en una vía de paso para quienes navegasen desde o hacia Britania. El mar protegía la isla, pero no la aislaba».\*

En palabras de Peter Salway:

El modo de vida de los habitantes del sur y el este de Britania en este periodo (anterior a las invasiones de César) probablemente tenía bastante más en común con el de las tribus galas que con las de sus vecinos en el oeste y el norte de Britania, y estas zonas serían las que más exitosamente se «romanizarían» bajo el dominio imperial.\*\*

## La primera expedición de Julio César

Uno de los personajes más famosos de la Historia, Julio César, está íntimamente relacionado con la isla de Britania debido a los dos intentos que acometió de conquistarla para la, todavía, República de Roma.

Desde las reformas en el ejército romano operadas por Mario, que convertían a los soldados de la República en profesionales pagados y no en ciudadanos que tomaban las armas cuando era necesario para defender Roma, cada vez era mayor el vínculo de lealtad de estos legionarios con el general para el que prestaban servicios y no tanto con la república a la que defendían.

\* Guy de La Bédoyère, *Roman Britain. A New History*, Thames & Hudson, Londres, reimpresión de 2018, p. 11.

\*\* P. Salway, *A History of Roman Britain*, Oxford University Press, Oxford, reimpresión de 2001, p. 17, 18.

A mediados del siglo I a. C., un general en especial destacaba sobre el resto de militares romanos por sus acciones en Hispania, primero, y en la Galia, después: Julio César. En sus textos sobre las campañas en esta última región, sus famosos *Comentarii de Bello Gallico*, César hizo constar que en numerosas ocasiones se encontró entre las fuerzas galas a combatientes britanos. También señaló que uno de los mayores obstáculos en su pretensión de dominio de la Galia, la creencia religiosa representada por los druidas, era originaria de Britania.

Es difícil saber si estas apreciaciones lo hicieron decidirse a acometer la conquista de la isla británica o si simplemente contribuyeron a acelerar un plan que ya tenía pensado de antemano. Lo que sí es cierto es que, en el año 55 a. C., la Galia estaba prácticamente pacificada y que, en ese mismo año, los dos puestos de cónsul en Roma habían recaído en sus todavía asociados Pompeyo y Craso. César necesitaba alguna acción espectacular que mantuviera su nombre en boca de los ciudadanos de Roma y que lo sostuviese al frente de sus legiones.

Este último aspecto era esencial ante una eventual llamada de regreso a la capital, donde, una vez entregado el mando y sin ejército que lo apoyara, no era descartable que sus enemigos políticos quisieran arreglar viejas cuentas. Una campaña en Britania, vestida como medida de seguridad para consolidar las conquistas en la Galia, constituía una perfecta razón para justificar que era necesario que permaneciera al frente de sus tropas lejos de la península itálica.

César había decidido iniciar la invasión de Britania en el año 55 a. C., pero una rebelión en la frontera del Rin hizo que no pudiera afrontar la empresa al inicio de la campaña. En esa época, no era usual emprender acciones militares cuando se acercaba el invierno, incluso aunque fuese por tierra; con más motivo aún, no se estilaba realizar un gran movimiento por mar a finales de verano. El hecho de que César no quisiera esperar a la primavera siguiente para invadir Britania demuestra hasta qué punto era urgente para él el proyecto.

Esta primera expedición constaba de alrededor de ochenta barcos de transporte para las dos legiones que la componían y otros dieciocho para la caballería que las acompañaba. Se trataba de una fuerza considerable para una tarea de reconocimiento, pero escasa para una invasión en toda regla. El principal problema que afrontaba César era la falta de información fiable sobre las condiciones de la costa de Britania, esencialmente en lo referente a la existencia y localización de un lugar idóneo para el desembarco de sus tropas.

La noticia de lo que se preparaba al otro lado del Canal hizo que diferentes pueblos britanos (aunque «tribus» es la palabra que se suele utilizar para identificar grupos diferenciados de nativos de la isla, usaremos para referirnos a estos el término «pueblos») enviaran emisarios a César ofreciéndose a rendirle sumisión. El romano envió como representante para tratar con ellos a un caudillo galo de nombre Comio, al que había nombrado rey de los atrebatas de la Galia y que gozaba de cierto prestigio a ambos lados del canal de la Mancha. Una vez en Britania, Comio visitó a varios pueblos, a los que hizo partícipes de la inminente llegada de los romanos y a los que animó a someterse a ellos.

César había enviado previamente a uno de sus hombres de confianza para que recorriera la costa de Britania y localizase un lugar apto para desembarcar. Este emisario estimó que Dover parecía el más propicio; en realidad, era un tremendo error desde el punto de vista militar, porque si los britanos ocupaban los acantilados de la zona podían hostigar a los romanos e imposibilitar el desembarco.

Los barcos que transportaban a las legiones llegaron a la costa de Britania frente a Dover, y César fue inmediatamente consciente de que el lugar elegido distaba mucho de ser el idóneo para desembarcar. Decidió esperar en el mar la llegada de la flota en la que viajaba la caballería. Pero estas naves habían sufrido un temporal y habían regresado a la Galia. Quienes sí se habían presentado en el lugar eran diversos pueblos britanos, que observaban a los

romanos desde los acantilados. Esto terminó de convencer a César de que no había sido una buena decisión.

El caudillo romano dirigió sus naves hacia Deal. A pesar de la oposición de los britanos, la infantería romana fue finalmente capaz de imponerse y ganar la playa. Pero la ausencia de la caballería impidió que pudieran transformar la exitosa maniobra en una aplastante victoria. No sería la última vez que César tuviese que lamentar que los barcos que transportaban a su caballería no consiguieran llegar a Britania.

En los días siguientes, el campamento de César fue testigo de un desfile de jefes de los pueblos britanos que solicitaban la paz al romano. Entre ellos se encontraba Comio, que alegó haber sido hecho prisionero por los britanos. Julio reprochó a los pueblos que le hubieran opuesto resistencia después de que él les enviara un embajador. Aceptó la paz que le solicitaban, pero exigió que le fueran entregados rehenes como garantía a lo que los britanos accedieron rápidamente.

Cuatro días después del desembarco, una gran tormenta se desató en el Canal. Esto hizo que las naves que transportaban a la caballería, que intentaban otra vez alcanzar Britania, tuvieran de nuevo que darse la vuelta y regresar a la Galia. Y, lo que era más grave, la tormenta se juntó con una fortísima marea de luna llena, habitual en el lugar (algo que César declaró que era un fenómeno desconocido para los romanos), y provocó que prácticamente todos los barcos invasores anclados frente a la costa britana resultasen gravemente dañados.

Los romanos no habían llevado consigo suministros y víveres suficientes para pasar el invierno, pues no se trataba de una expedición que tuviera como objetivo permanecer en Britania, sino que pensaban regresar a la Galia. Los britanos, conscientes de la complicada situación en que se encontraban los romanos, abandonaron el campamento de César, no sin antes reiterar sus juramentos de paz, y se prepararon para la guerra contra un enemigo sin víveres y aislado.

Julio César, a su vez consciente de esta situación, tomó las medidas necesarias: una de sus legiones (la Legio X) rescató el equipamiento de los barcos más dañados, consiguió salvar todas sus naves excepto doce y envió mensajeros a la Galia solicitando refuerzos navales. Simultáneamente, envió a la otra legión (Legio VII) en expediciones diarias al interior de la isla para hacerse con víveres. Uno de estos grupos fue masacrado por un ataque de los britanos cuando se encontraban recogiendo grano.

Los pueblos nativos habían estado reuniendo sus fuerzas y, cuando consideraron que estaban en buenas condiciones, plantearon una batalla en campo abierto junto al campamento que César había construido en la misma zona del desembarco. La experiencia y disciplina de las legiones romanas se impusieron, y los britanos huyeron con el rabo entre las piernas. Pero nuevamente la ausencia de la caballería impidió que los romanos pudieran perseguir al enemigo y masacrarlo, logrando así una victoria concluyente.

Los britanos volvieron a solicitar la paz a César. Éste, que ya había decidido retornar a la Galia, requirió nuevamente que le fueran entregados rehenes, doblando el número inicial de los mismos, y anunció que los llevaría consigo al continente. Seguramente también hizo saber a los britanos que regresaría al año siguiente, pues éstos no hubieran aceptado sus condiciones si pensaran que los romanos no volverían a poner pie en la isla.

## El retorno de César

César volvió efectivamente al continente y pasó el invierno en el norte de Italia, pero dejó varios legados de sus legiones en la Galia con instrucciones concretas de construir nuevas naves y reparar las dañadas en la primera expedición a Britania. Como había aprendido de los errores cometidos, ordenó que los nuevos barcos, además, deberían ser más ligeros y fácilmente maniobrables, para desempeñarse mejor en caso de un desembarco complicado.

Los números de esta segunda expedición demuestran que las intenciones de César eran más ambiciosas que en la primera: 600 barcos de transporte, 28 de guerra para llevar a Britania a cinco legiones (treinta mil legionarios) y dos mil unidades de caballería. También fueron con la partida algunos barcos privados que transportaban a ciudadanos: comerciantes, familiares y amigos de los mandos de las legiones, especuladores atraídos por la perspectiva de botín y el habitual heterogéneo grupo de personas que solía acompañar a una expedición militar (taberneros, herreros, zapateros, prostitutas...). Estaban convencidos, por lo sucedido el año anterior, de que no se trataba de una aventura incierta más allá del mundo conocido, sino de un viaje del que se regresaba sano y salvo.

La flota zarpó el 6 de julio. Aunque de nuevo las inclemencias climatológicas afectaron a las naves, los romanos lograron finalmente tomar tierra un día después en algún lugar no identificado. La intimidante cantidad de tropas hizo que los britanos no se atrevieran esta vez a hostigar el desembarco. César ordenó construir una fortificación que protegiera a sus tropas durante la maniobra y que sirviera también como empalizada para el campamento de las legiones. La magnitud de esta construcción, unida a la necesidad de acometer las tareas de reparación de hasta cuarenta barcos que habían resultado dañados por una tormenta, hizo que sus hombres se mantuvieran ocupados durante diez días antes de que comenzaran a avanzar sobre territorio enemigo.

Los britanos habían unido las fuerzas de los diferentes pueblos bajo el mando de un caudillo llamado Casivelauno. Pero, cuando, en las riberas del Támesis, se enfrentaron a las disciplinadas legiones romanas, los nativos no fueron enemigo para los soldados de César, que consiguió una contundente victoria. El líder britano decidió cambiar de táctica y dedicar sus esfuerzos a hostigar las líneas de suministro romano.

Entre los britanos que César había llevado con él se encontraba un caudillo exiliado en la Galia que pertenecía a uno de los

pueblos más prominentes del sur de Britania, los trinovantes, llamado Mandubracio. Aunque los hechos son confusos, parece que Casivelauno, del rival pueblo de los catuvelaunos, había asesinado al padre de Mandubracio, rey de los trinovantes, y se había impuesto como caudillo de estos últimos, que ahora pedían ayuda a César para reponer a Mandubracio.

Era la típica situación que encantaba a los romanos: aliarse con un jefe depuesto de una nación enemiga para ayudarlo a recuperar el poder a cambio de que convirtiera a su pueblo en aliado de Roma, en lo que se conoce como «reino cliente». César accedió a la petición de los trinovantes a cambio de la entrega de más rehenes y de grano para sus tropas. Otros pueblos, como los icenos, se unieron a esta alianza. Así, el César, además de provisiones, obtenía de sus nuevos aliados información sobre la ubicación del campamento de Casivelauno.

César atacó y tomó este campamento, pero el caudillo rival no pudo ser apresado. No obstante, tras el fracaso de un ataque britano contra las posiciones romanas y vista su complicada situación, optó por enviar una embajada al general romano con Comio a la cabeza para negociar la paz. César aceptó con rapidez la propuesta y fijó unos términos no demasiado onerosos para sus rivales britanos: más rehenes, el pago de una cantidad anual (que no hay constancia de si se pagó y, de hacerse, durante cuánto tiempo) y el compromiso de no atacar a los trinovantes de Mandubracio.

Hay diversas interpretaciones sobre la causa de esta rápida y modesta paz aceptada por Julio César. Parece que tenía decidido en todo caso retornar a la Galia a pasar el invierno, una decisión que se demostró acertada, pues sus conquistas allí peligraban ante la rebelión liderada por Vercingetorix. También es posible que considerara que el objetivo en Britania estaba conseguido al evitar ulteriores apoyos de los pueblos de la isla a sus enemigos en el continente y al haber consolidado la alianza con los trinovantes y debilitado a los pueblos hostiles.

En todo caso, en Roma no impresionaron excesivamente los logros de César en su expedición en Britania. El Senado no le concedió un triunfo por sus victorias. Según Cicerón, las comunicaciones iniciales de Quinto, hermano del propio Cicerón que formaba parte de las tropas de César, y del mismo general, hacían hincapié en que los romanos no habían conseguido encontrar plata en la isla y que el único botín que esperaban conseguir eran esclavos. Posteriormente reconocerían que tampoco regresarían con esclavos y que la expedición se saldaba sin botín alguno, sólo con algunos rehenes.

Julio César embarcó de vuelta a la Galia. No regresó a Britania, por lo que sus campañas no supusieron un éxito en lo referente a la consolidación de la presencia romana en la isla, aunque sí sirvieron para proporcionar información más fiable a Roma sobre la situación geográfica y política de la isla, que se convirtió en un objeto de deseo de cara a una futura conquista para ulteriores gobernantes del, ya, Imperio romano. También terminó con el aislamiento de la isla, pues potenciaron las relaciones con la Galia romana, lo que puso las bases de futuros vínculos políticos que harían de Roma el poder militar dominante en la región.

Además, las campañas de César causaron otro efecto: su acuerdo con los trinovantes hizo que éstos se convirtieran en actores principales de los intercambios comerciales con el continente. Eso hizo que el estuario del Támesis desplazase a Hengistbury como principal base portuaria de las rutas comerciales y convirtiera el sureste de la isla en el gran motor comercial y de comunicaciones britanas.

## De César a Claudio

No existen muchas fuentes escritas que atestigüen lo ocurrido en Britania en el periodo transcurrido entre la retirada de César en el año 54 a. C. y la llegada de las tropas de Claudio en el año 43 d. C.

Alguna fuente refiere cómo Comio, que había actuado como embajador de unos y otros en Britania, se unió a la rebelión de Vercingetorix en la Galia y cómo, a pesar de que los romanos pusieron precio a su cabeza, consiguió regresar a Britania y se convirtió en rey de los atrebates. Mattingly apunta que por entonces debía haberse reconciliado con Roma y que sería, por tanto, un rey cliente de la República romana.

Se hace necesario recurrir a las evidencias arqueológicas para pergeñar la evolución de un territorio en el que convivían numerosos pueblos con un irregular grado de relación entre ellos y donde es muy probable que existieran algunos asentamientos de comerciantes romanos.

Los restos arqueológicos (monedas, enterramientos...) parecen dar a entender que los catuvelaunos continuaron su expansión a costa de otros pueblos, como los atrebates. Los enterramientos nos hablan de la riqueza y prosperidad de su clase dirigente. En algún momento previo al regreso de Roma, los catuvelaunos se unieron con los trinovantes. Cómo se produjo esta unión y quién absorbió a quién no está claro, pero el resultado fue el centro de poder más importante en el sur y el este de la Britania prerromana, con influencia en zonas de la isla habitadas por otros pueblos, como los dobunni y los icenos. En la costa sur existían también otros dominios ajenos a la influencia de los catuvelaunos y que mantenían contactos con el continente, como los durotriges, cuyos restos arqueológicos sugieren que no tenían un centro de poder único, sino diferentes asentamientos dirigidos cada uno por un cacique local.

Otros pueblos de las que no existe mucha información se extendían por el suroeste y por la actual Gales: los dumnonios, los dobunni, los cornovios, los deceanglos, los ordovices, los demetae y los silures. Y, en el norte de la actual Inglaterra, además de pueblos más pequeños como los parisi, el principal dominio era el de los brigantes.

Las monedas descubiertas nos han dejado el nombre de algunos reyes o gobernantes de diferentes pueblos, como el caso de Tinc-

mio (hijo de Comio) de los atrebates alrededor del cambio de siglo, o Tasciovano de los catuvelaunos alrededor del año 15 a. C. Existen también monedas a nombre de Dubnovellauno, un rey que parece haber expandido brevemente sus dominios antes de desaparecer por completo. Se da la circunstancia de que un rey con ese nombre figura en las crónicas de Augusto como uno de los britanos que se presentaron en el capitolio solicitando la ayuda a Roma para recuperar sus dominios, seguramente fagocitados por los catuvelaunos.

Otros gobernantes de los que tenemos noticias por las monedas encontradas pertenecían a los atrebates, como Tincomio, y respondían a los nombres de Epilo y Verica. Llama la atención que en sus monedas figure la palabra latina *rex*. Esto ha llevado a especular sobre si se trataba de reyes clientes o súbditos de Roma, aunque no hay pruebas que evidencien que fuera así ni tampoco de que fueran los monarcas que según las crónicas acompañaron a Dubnovellauno en su visita al capitolio.

En el mismo periodo en que desaparecieron las monedas con el nombre de Dubnovellauno empezaron a circular otras con el nombre de Cunobelino (el Cimbelino de Shakespeare), que probablemente fuese quien lo desplazó del poder y lo expulsó de la isla. La influencia de Cunobelino se fue expandiendo por Britania hasta el punto de que Suetonio (aunque escribiendo cien años después) se refiere a él como «rey de los britanos».

Durante buena parte de los treinta años que Cunobelino fue la fuerza dominante en Britania, sus relaciones con Roma fueron fluidas y se produjo una importante actividad comercial en un sentido y otro, lo que se tradujo en un importante crecimiento de los *oppida*, que se convirtieron en centros de almacenamiento y distribución de los productos destinados a o procedentes del mundo romano.

En los años que siguieron a la segunda expedición de César del año 54 a. C., no se produjo ningún intento por parte de Roma de recuperar el proyecto. Hay que recordar que se trató de una época convulsa para la República romana, con la toma de poder por parte de César y su posterior asesinato en el 44 a. C. y la lucha por el

poder entre sus sucesores. En el 34 a. C., los dominios romanos se los habían repartido entre Marco Antonio (la parte oriental) y Octavio, el futuro emperador Augusto (la parte occidental).

Pero Octavio necesitaba de campañas militares de prestigio para igualarse a la figura de Marco Antonio y pensó, como harían otros emperadores posteriores, que una buena forma de conseguir esa gloria militar sería emulando a Julio César con una invasión de Britania. Hasta en tres ocasiones llegó a planear una campaña en la isla británica, pero los acontecimientos en Roma (su lucha hasta imponerse definitivamente a Antonio en Accio en el 30 a. C. y su asalto al poder hasta convertirse en indisputado líder y firmar la sentencia de muerte de la República y el nacimiento del Imperio) hicieron que pospusiera sus planes militares respecto de Britania, limitándose a una actividad diplomática de reconocimiento de reyes como clientes o de otorgamiento de refugio en Roma a caudillos derrotados en sus reinos.

Ya con el poder en sus manos y bajo el nombre de Augusto, diversas rebeliones en la Galia e Hispania hicieron que abandonara definitivamente el proyecto. Además, según Estrabón, los romanos desestimaron la posibilidad de una nueva invasión porque los britanos no constituían una amenaza; por ser demasiado débiles como para cruzar el Canal y atacar la Galia y porque los recursos de la isla eran demasiado pobres como para que el coste de una invasión y el posterior mantenimiento de una fuerza de ocupación resultara rentable para Roma a cambio de los impuestos. Es más, los britanos ya pagaban altos tributos por su comercio con la Galia, que se podían perder si una invasión romana afectaba a dicha actividad comercial.

Durante el reinado de Calígula, una serie de acontecimientos iban a hacer cambiar la aparente buena sintonía entre Cunobelino y Roma, posiblemente porque los britanos sospechaban que Roma pretendía sustituir el régimen de reino cliente por la anexión directa cuando el caudillo britano falleciera. Además, en el año 39 d. C., el rey britano exiló a su hijo Adminio. Nuevamente, no es descarta-

ble que esta decisión fuese motivada por su participación en algún posicionamiento romano de cara a la sucesión de Cunobelino.

Adminio llegó al continente con un puñado de seguidores y se puso bajo la protección del excéntrico emperador romano. Esto parecía haberse convertido en algo habitual tras la creciente influencia de Roma en Britania, incluso sin nuevas campañas militares, como atestiguan restos de armaduras, ánforas y juegos de mesa romanos en diversos enterramientos.

Mattingly considera que incluso las tierras dominadas por alguno de los pueblos britanos (los localizados en el sureste de la isla) se constituyeron, ya antes de la segunda oleada de invasiones, en reinos clientes de Roma, basándose en la evolución en el diseño de las monedas acuñadas por los britanos (cada vez más semejante al modelo romano y en algún caso, incluso, con retratos del emperador) y en el envío a la capital de miembros de las élites britanas como rehenes. Russell y Laycock señalan que las pruebas arqueológicas sugieren que en las primeras décadas del siglo I d. C. hubo presencia de militares romanos en Fishbourne (Sussex) y Colchester (Essex).

De la Bédoyère lo expresa en estos términos al indicar que, en los años que precedieron a la invasión imperial romana de la isla, «las élites tribales del sur de Britania ya no concebían su poder en un contexto no romano. Usaban a los dioses romanos, aceptaban los regalos romanos, adoptaban títulos romanos, huían para buscar la ayuda del emperador cuando se sentían amenazados y lo desafiaban cuando se sentían poderosos».\*

Calígula planeó una expedición a Britania. Se trata de un chusco episodio en el que es difícil desentrañar la verdad de la propaganda contra el vilipendiado emperador. En todo caso, tras llegar a la costa de la Galia y después de un simulacro de campaña en la que no llegó a poner pie en la isla (posiblemente los legionarios

\* Guy de La Bédoyère, *op. cit.*, p. 22.

reclutados se negaron a embarcar), Calígula retornó a Roma. Las crónicas señalan que llegó con un botín de guerra consistente en conchas recogidas en la playa y que afirmó haber conseguido una gran victoria allí donde ni siquiera Julio César había triunfado.

Fuera como fuese, esta fallida expedición conllevó una serie de preparativos logísticos y un estudio militar que servirían como ensayo general para cuando Roma decidiese afrontar definitivamente la invasión de Britania. Pero no sería Calígula quien acometiese la conquista de la isla, sino su tío y sucesor: Claudio.